

La erótica del amor virtual - NEL

Dupla coordinadora: Ana Viganó – Mario Elkin Ramírez

Integrantes: Pany Dimitrakis; Andrés Amariles; Omar Dominguez; Zindy Valencia; Sandra Rebellón; Carla Bravo; Martha Idrovo; Karina Zapata; Beatriz Escalera; Judith Serrano; Adriana Soler; Ariana Achá; Maira Campero; Susana Schaer

La NEL mantiene sus lazos de trabajo, intercambio, *affectio societatis*, investigación y conversación a través de medios virtuales, desde hace mucho tiempo. Pioneros pre-pandémicos del uso de los medios tecnológicos al servicio de la Escuela nos reunimos una vez más, en este tiempo de intercambio de conversaciones hacia el ENAPOL, con colegas de distintas latitudes, países y husos horarios del territorio de la NEL. Algunos, viejos conocidos; otros, refrescantemente nuevos. Cada uno aportó lo suyo a esta contribución que lleva en su centro las marcas de una producción surgida enteramente de una experiencia virtual.

I - Texturas de las narraciones actuales.

Guiándonos por la orientación que Lacan diera sobre que los artistas nos llevan la delantera y nos desbrozan el camino, nuestros primeros encuentros versaron sobre propuestas de la cultura audiovisual. Comenzamos con la serie popularizada en Internet (2008) y llevada luego a la TV (2011), *Web Therapy*, que nos sorprendió por su actualidad. En ella, una terapeuta narcisista e impaciente decide reducir la duración de las sesiones de terapia, pasando de los tradicionales 50 minutos a 3, haciéndolas además de manera virtual, por Skype.

Algunos capítulos de *Black Mirror* sirvieron también para el fluir de los temas y animar las conversaciones: *Han the DJ* (2017) y *Striking Vipers* (2019). En el primero, Amy y Frank consienten en participar de un sistema amurallado de selección de parejas perfectas, instruidos de manera permanente por una tutora virtual en lo que debe hacer, cómo y sobre todo cuánto tiempo debe pasar con cada cita, para recoger la información que devendrá en el hallazgo de la pareja más compatible. Con una condición: no salirse de las murallas del sistema hasta el final. La historia plantea la posibilidad de encontrar el amor dentro del sistema, pero sin su necesaria aprobación, a la vez que confronta a los personajes a rebelarse contra el mismo.

Striking Vipers introduce la dimensión de “ser otro” en las cosas del amor, bajo la perspectiva del juego de roles en la “vida real” y en la “vida virtual”. Los jóvenes novios Danny y Theo juegan a ser dos desconocidos que se seducen en una disco y, con ello, encienden el fuego de la pasión. Luego de tener relaciones sexuales, el joven juega animadamente un videojuego de luchas cuerpo a cuerpo con su mejor amigo. Una década después, Danny casado con Theo y con un hijo, se reencuentra con su viejo amigo, quien le regala para su cumpleaños la última versión del mentado videojuego y el kit de realidad virtual necesario para jugarlo. Esa noche la pareja de amigos vuelve a jugar pero esta vez cada uno desde su casa, con la posibilidad de ingresar a la arena virtual experimentando lo que sienten los personajes: los golpes, los dolores, la agitación de los cuerpos, y también la tensión sexual que se genera entre los Avatars, que terminan besándose en ese primer encuentro. El conflicto queda planteando entre la fuerte atracción sexual entre ellos, siendo personajes, y la verificación o no de esa atracción fuera del campo de juego virtual.

Del paseo por la cultura audiovisual no tardamos en pasar a conversar ejemplos cotidianos. Así, recortamos breves viñetas de lo que nos llegaba a los consultorios, ilustrando distintos modos tensión entre la “vida virtual” y la “vida real”, que afectan los lazos amorosos.

II - Lo escucho...

M, un joven de 30 años llega a la consulta por lo que llama el “duelo por un amor” después de 2 años de relación virtual con una joven de otro país, condición que le pareció atractiva porque se siente a sí mismo “incapaz de entablar una relación con alguien de su propio país”. El relato abre la temporalidad de esos 2 años en 2 tiempos distintos: el primer tiempo, de “mucho enamoramiento de palabras”. Coincidían en todo, se apoyaban mutuamente, hablaban casi todo el día, a todas horas, sabían todo uno del otro, pero ... él no había visto siquiera una foto de ella. Estaba muy enamorado, hasta “ese día fatídico, que aún no entiende”: el día en que ella subió una foto suya y a él no le gustó. “No pude con eso. Me sentí muy mal. Mi idea, mis valores, todo mi ser quería enamorarse de la persona, por la persona en sí misma y no por su imagen. Me sentía enamorado, pero lo confieso: verla me hizo caer en... me apena mucho decirlo... le hice *ghosting*. Ella se enfureció. La decepcioné”. La cosa terminó sin que él pueda “entender y menos aceptar” ni la culpa del *ghosting*, ni la ruptura, ni la razón de su “loca elección”, por la que se pregunta.

A, en cambio, consulta luego de un tiempo de terapia de pareja reveló un *impasse* irresoluble. Los celos irrefrenables del novio y la persecución de espionaje profesional, contratado para seguir sus redes e

intercambios virtuales, y el rastreo permanente de su ubicación, los llevaban a episodios de violencia física y verbal. Trabajaban esto en la terapia hasta que, lo que parecía superado regresó: un chat interceptado y contestado por el *partenaire*, haciéndose pasar por ella, desató nuevamente la tempestad, revelando que nunca pudieron acordar el abordaje de lo privado de sus espacios, tiempos, ni de sus dispositivos, a pesar de los intentos.

F, frecuentaba las aplicaciones de citas sin mayores problemas, aunque sin conseguir tampoco una relación estable. Esta vez, todo parecía ir especialmente de maravillas. El encuentro presencial se impuso en los ritmos más o menos habituales para ella, pero la apuesta de ambos era apasionada y ansiosa. Creían que esta vez era “la vez” y bailaban el “*love is in the air*”. Él pasó por ella en su auto. Estaban felices, hasta que llegaron al restaurante. Cuando él se bajó, ella lo vio “más bajo de lo que imaginaba”. No podía explicar qué le había pasado, pero esos centímetros “de menos” fueron decisivos a la hora de no poder continuar la relación.

Algo similar le había ocurrido a L, pero esta vez el visitante inesperado sería “un particular olor de la piel que impregnaba el aire al punto de hacerlo insoportable” de un modo que, por supuesto, no ocurría en sus interminables chats o videollamadas, ni en sus tórridos encuentros de sexo virtual.

Para G, en cambio, el paso de la *app* al encuentro presencial había sido tan maravilloso como lo había soñado y deseado, solo que el tiempo fue limitado porque su novio vivía en otro país. Decidieron volver a usar los recursos de la virtualidad, que habían funcionado, y apostar por una relación a distancia, con todo el romanticismo del que fueron capaces. El problema vino cuando la virtualidad tornó muy presente lo que no debía estarlo. La facilidad del “teléfono todo el tiempo en la mano” le hacía ver a G “hasta cuando su pareja iba al baño”. Fin de la apuesta y del amor, que el *partenaire* no aceptó con facilidad.

J, practicante del psicoanálisis desde hace algunos años y en formación muy cercana con nuestra orientación, conoció a su pareja por las redes manteniendo una relación virtual a distancia por casi un año antes de mudarse de país y apostar por la convivencia. Felizmente casada y con hijos, cuenta su experiencia con la naturalidad de quien, si bien no se considera estrictamente nativo digital, es mucho más cercano a lo que a medios digitales se refiere, su presencia inexorable en nuestras vidas y sus consecuencias en los lazos. Es de la generación de colegas que aprendió a manejarse con Internet y con los gadgets derivados de la hiperconexión antes que con los Seminarios de Lacan. Y estas habilidades no son incompatibles, para ella, en las cosas de su amor.

X, practicante también del psicoanálisis ha posteado públicamente en redes su posición respecto del uso que hace de las *apps* de citas y encuentros, en un mundo en el que conocer personas para el flirteo resultan complicadas de otros modos.

III - ¿Qué hay de nuevo, viejo?

Las historias son variadas, más o menos felices; más o menos duraderas; como las de siempre o como las de nunca. Lo que tienen de algún modo en común es el hecho de que sus relatos incluyen de manera inevitable el uso de la virtualidad, las redes, las *apps*, los algoritmos de búsqueda y los *gadgets*, en las coordenadas del encuentro y desencuentro amoroso.

Por otra parte, no encontramos prácticamente ninguna historia incluso consolidada -si se nos permite la expresión-, que no esté atravesada por un modo de interacción virtual hacia adentro de la relación misma, o hacia afuera. “Hay más cuernos en un “buenas noches” desde la cama mientras ves una serie con tu pareja que, en un polvo rápido, o dos, con una persona desconocida en un ascensor”¹, decía un periodista en su columna dominical, para contar la experiencia harto común de mantener relaciones amistosas, de amantes, de trabajo, de interés mutuo, y a veces de todas esas juntas, con o sin sexo -de cuerpo presente o virtual-, mucho más activas que la compartida con los más cercanos de la casa. Y no es infrecuente tampoco que la cotidianidad misma se vea absolutamente atravesada por chats privados y grupales, *apps* de servicio y asistentes hogareños, que organizan quién le da de comer al perro, las tareas escolares de los niños, la música o la luz que ambientan nuestros estados, la ropa que se elegirá, las compras que hacemos, los encuentros de sexo, los días fecundos para concebir, los pasos que damos o las calorías que consumimos.

¿Hay una erótica propia de lo virtual que se sume, además, a la erótica del amor que puede darse a través de los medios que ofrece la virtualidad? Esa erótica de lo virtual, ¿trae algo nuevo en el amor? Esas son tal vez las preguntas clave en todo este asunto, y no son tan fáciles de responder. Intentamos en estas líneas ofrecer, más que respuestas, la apertura a una conversación ampliada que continúe y enriquezca la nuestra.

¹ https://elpais.com/elpais/2019/01/15/opinion/1547571821_501227.html

Las relaciones personales, amistosas, amorosas, de trabajo, de cooperación, de discrepancia, de aprendizaje, etc., comienzan y se sostienen muchísimas veces -la tendencia indica que esta curva irá creciendo-, a distancia y por medios virtuales, incorporados a la vida. Esto ha sido aún más patente a causa de los confinamientos pandémicos, por los que “muchas personas llevamos meses socializando a través de pantallas y de pequeños recuadros, que nos roban los encantos de las interacciones en carne y hueso. Ya no nos extraña este arte de convivir a distancia, pero ¿realmente conocemos a las personas con las que interactuamos por la vía virtual y vemos a través de píxeles? ¿Cómo hacer nuevos amigos en semejantes circunstancias?”², se pregunta la escritora y ensayista Laura Sofía Rivero. “En los últimos meses, una de las cosas que más he extrañado es la perspectiva. Las imágenes que escupen las pantallas no son suficientes para sentirse en otro lugar, alcanzan apenas. Extraño los puntos ciegos, la mirada poliédrica: en diferentes sitios de un cuarto nadie puede ver lo mismo, cada uno fabrica su verdad. Pero al mirar desde los monitores poco queda de esto.” En nuestras conversaciones bromeamos con la expresión “no vemos la nuca” en nuestros planos virtuales siempre frontales.

Esto, que la tecnología podría rápidamente superar pronto con los sistemas de realidad aumentada, trae sin embargo la crucial consideración de la perspectiva del yo, y del narcisismo que le es propio. Valgan algunos recordatorios como ejemplo:

- la búsqueda de la buena forma imposible que el otro refleja sobre mí mismo;
- el estatuto imaginario en tanto proyección de superficies -tomando la referencia freudiana, leída por Lacan-;
- las pasiones desatadas como el amor, pero también el odio -contracara ineludible-;
- la ignorancia de sí mismo y de la alteridad del sí mismo;
- la agresividad que este plano, puesto de relevancia de manera demasiado destacada, es capaz de generar.

¿Cómo se construyen y afectan los lazos cuando estas perspectivas están fuertemente ponderadas por la estructura misma de algunos recursos de la virtualidad?

2

<https://cultura.nexos.com.mx/el-nuevo-arte-de-hacer-amigos/?fbclid=IwAR2rVWDJabAvNKCSUGsswQmVcjBKmaRjn2oTsxBRvdwnDLBGgu1gP9AjseA>

De este plano imaginario espacial se desprende una erótica particular que lleva rápidamente a otro plano: el temporal. La experiencia del tiempo en los intercambios virtuales: “todo el tiempo”, “conexión permanente”, “hiperconexión”, promueve variaciones en la noción misma de tiempo, que se pretende cada vez más instantáneo. Los *stickers* y los memes están a la orden del día para recordárnoslo. “Demasiado texto” es la broma por la cual se anuncia que algo no se va a leer, o se le dejará de prestar atención a mitad de camino, por ser muy largo. Perspectiva confirmada por *WhatsApp* y su reciente opción de correr los mensajes de audio de su mensajería a una velocidad *forwardeada* para ahorrar tiempo, sin reparos por la distorsión de la voz. La velocidad es la marca de una época esencialmente concentrada en muchas cosas, y distraída a la vez.

Surfear es el verbo que tal vez describa mejor el estado permanente de atravesar con el cuerpo y con la mente los desafíos de la actualidad. Un *surfear* de múltiples superficies, que no debe oponerse rápidamente a falta de profundidad. La complejidad de una realidad -presencial, virtual, aumentada, ficcional, etc.-, es tan variada, que la forma de *surfearla* exige muchas competencias y habilidades que los nativos digitales suelen producir con mayor facilidad que los inmigrantes digitales.

Así, el *multitasking*, las ventanas del ordenador abiertas en mil direcciones imprevisibles, los *timelines* como mosaicos surrealistas, el hablar con los dedos, el saber editar imágenes, videos y audios en “tiempo real” para compartir de manera virtual, el atravesar los muros tradicionales de lo público y lo privado, traen desde hace tiempo las pistas de una erótica que se perfila nueva.

La noción topológica de banda de moebius que ilustra el paso entre lo real y lo virtual, sin bordes, hace obsoleta en algunos campos esta distinción. Del mismo modo que parece evidente que casi no es posible salir del estado de conexión logrando un estado de franca desconexión, todo el tiempo-espacio parece evidentemente *ciber*; y eso podría ser índice de una mutación histórica a la que estaríamos asistiendo. Mutación que, como otras, durará lo que durará, y servirá para lo que servirá -con ventajas y costos-, como todos los cambios y revoluciones de nuestra historia.

Como psicoanalistas, no estamos del lado de la nostalgia de un mundo más simple -que nunca existió-.

Nuestra perspectiva ética nos pone atentos a lo que del sujeto del inconsciente pueda entrar, echar mano y servirse de este nuevo estado de cosas, tanto como de aquello en lo que no haya lugar para el inconsciente. Así, leer los signos de su rechazo o resistencia, y lo que desde allí provoque síntomas, es

nuestra tarea. Síntomas que serán nuevos, también en el campo del amor. Y que requerirán de amores transferenciales también nuevos, cada vez, para su tratamiento.